

Jesús de Nazaret Desde el Bautismo a la Transfiguración

JOSEPH RATZINGER (BENEDICTO XVI)

Traducción de Carmen Bas Álvarez

Madrid, La Esfera de los Libros, 2007

447 páginas

Aunque ya Juan Pablo II nos acostumbró al hecho –inédito hasta entonces– de un Papa que publica libros, Benedicto XVI nos ha sorprendido sacando a la luz un volumen dedicado a glosar la figura de Jesús de Nazaret. Es decir, un libro que aborda los fundamentos mismos del cristianismo. Para comprender el alcance de esta opción conviene conocer tanto la situación actual de los estudios acerca de Jesús como la personalidad de Joseph Ratzinger.

No hace falta insistir en la importancia de Jesús de Nazaret para la cultura religiosa y secular de los últimos veinte siglos. Conviene notar, eso sí, que en los últimos tiempos el acercamiento a Jesús se ha visto condicionado por un enfoque nacido en la teología protestante liberal del siglo XIX y que se ha impuesto poco a poco. Se trata de la separación entre el “Jesús histórico” y el “Cristo de la fe”. El primero sería el Jesús que realmente existió; el segundo, el resultado de la divinización póstuma de esa figura histórica por parte de sus seguidores. De un profeta escatológico, pero hombre como los demás, se habría comenzado a afirmar que es el Hijo único de Dios. En consecuencia, la exégesis de los evangelios debería mostrar cómo se han introducido en los recuerdos acerca de Jesús todos esos elementos que hacen de él

un ser trascendente. Semejante hipótesis, que origina un abismo insalvable entre “Jesús” y “Cristo”, da al traste con la fe y la vida de los cristianos: su fe se fundamenta, precisamente, en la identidad entre el Jesús terreno y el resucitado; y su vida se basa en la comunión actual con ese Jesús glorificado.

Pese a que muchos estudios han notado la debilidad de base –tanto histórica como metodológica– de este planteamiento, son también multitud quienes siguen adentrándose en esta senda que permite, a la postre, crear un Jesús “a la carta” que responda a los presupuestos del investigador. En el fondo se manifiesta aquí la “razón débil” propia de nuestro tiempo; una razón cuya fragilidad la lleva paradójicamente a imponerse de forma totalitaria, hasta propiciar de hecho lo que en vísperas de su elección como sucesor de Pedro llamó el cardenal Ratzinger “la dictadura del relativismo”. Un “Jesús histórico” desprovisto de su personalidad y autoridad únicas resulta un Jesús manejable, moldeable, domesticado: un Jesús “débil”, incapaz por tanto de llamar a la conversión a los hombres y mujeres de hoy y de fundamentar su vida y su esperanza. Las consecuencias las expresa nuestro autor en el prólogo: “Semejante situación es dramática para la fe, pues deja incierto su auténtico punto de referen-

cia: la íntima amistad con Jesús, de la que todo depende, corre el riesgo de moverse en el vacío” (8).

Por su parte, Joseph Ratzinger es desde hace decenios un punto de referencia ineludible en los círculos intelectuales de Occidente, tanto intra como extra-eclesiales. Su figura, relevante desde que como joven teólogo participara en el concilio Vaticano II, aúna la sólida y vasta formación teológica con una gran sensibilidad pastoral; a ello se suma una sorprendente capacidad comunicativa. Se halla por tanto en una posición inmejorable para la empresa que, comenzada en 2003, se plasma ahora en esta publicación. Es “fruto de un largo camino interior” (7); pero es, a la vez, expresión de su honda preocupación pastoral y culminación de su proyecto teológico.

¿Y cuál es su intuición fundamental? “He intentado presentar al Jesús de los Evangelios como el Jesús real, como el «Jesús histórico» en sentido propio y verdadero. Estoy convencido... de que esta figura resulta más lógica y, desde el punto de vista histórico, también más comprensible que las reconstrucciones que hemos conocido en las últimas décadas. Pienso que precisamente este Jesús –el de los Evangelios– es una figura históricamente sensata y convincente” (18). No se puede conocer a Jesús partiendo de la desconfianza metódica en los evangelios, que son la principal fuente –casi la única– de que disponemos. Esa desconfianza, que a veces se presenta como garantía de rigor científico, es a menudo la proyección de un prejuicio: lo que cuentan los evangelios *no puede ser cierto*. Benedicto XVI nos muestra sin embargo la fecundidad de otra aproximación: aquella que, valiéndose de los estudios académicos que arrojan luz sobre la figura histórica de Jesús (un judío palestinese del siglo primero), se toma en serio los rasgos de su personalidad que de forma

concorde testimonian los cuatro evangelios. Se dirá que es una aproximación confesional; pero más exacto sería decir que es expresión de esa “razón abierta” que el Papa reivindicara en su ya famoso discurso de Ratisbona. Es además, añadimos, el planteamiento que requieren esos escritos para desplegar toda su eficacia.

El lector no va a encontrar en estas páginas una vida de Jesús al uso, que comience por su infancia y vaya recorriendo sistemáticamente los momentos de su existencia terrena. De hecho la infancia de Jesús queda pospuesta para el segundo volumen, ya en avanzado estado de elaboración, en el que se abordará además la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Más bien nos encontramos con una presentación “sapiencial” de los misterios de su vida, de forma progresiva pero sin una servidumbre cronológica. Así, los diez capítulos que componen el libro están dedicados al bautismo de Jesús (1), las tentaciones en el desierto (2), el Evangelio del Reino de Dios (3), el Sermón de la Montaña (4), la oración del Señor (el Padre Nuestro: 5), los discípulos (6), las parábolas de Jesús (7), las grandes imágenes del evangelio de Juan (incluyendo la cuestión joánica: 8), la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo y la transfiguración (9), y por último los nombres con que Jesús se designa a sí mismo (el Hijo del Hombre, el Hijo, “Yo soy”: 10).

La presentación de Jesús conjuga el dato histórico con el análisis cuidadoso de los textos evangélicos y la actualización de su mensaje para el cristiano de hoy. Nos parece destacable el “punto de apoyo” sobre el que se basa el libro: la comunión de Jesús con el Padre. “Éste es el verdadero centro de su personalidad” (10). Con ello se destaca aquello que, según los testimonios evangélicos, diferencia a Jesús de todos sus contemporáneos: su inaudita intimidad con Dios, al que llama *abbá*

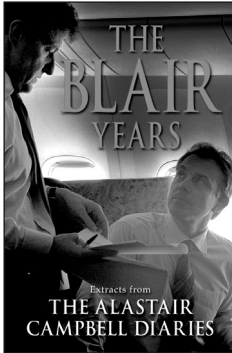
(“papá”, Padre: Mc 14,36). Se presenta además a Jesús –también conforme a los escritos del Nuevo Testamento– como aquel en quien se cumplen las Escrituras de Israel, el “profeta como Moisés” prometido por el Señor en el Deuteronomio (Introducción, “Una primera mirada al misterio de Jesús”: 23-30). La lectura de estas páginas, de una inmensa riqueza bíblica, va afianzando progresivamente estos rasgos esenciales de Jesús de Nazaret. Todo ello se produce en continuo diálogo, respetuoso y crítico, con autores contemporáneos relevantes (no carece de interés la Bibliografía detallada de cada capítulo, en ocasiones comentada por el autor: 413-24). Merece especial mención la segunda parte del 4º capítulo (“La *Torá* del Mesías”: 129-60), que se desarrolla en diálogo con Jacob Neusner, prolífico autor judío americano que en su *A Rabbi Talks with Jesus* (New York, 1993) ha realizado una original lectura del Sermón de la Montaña. Sólo estas páginas representan ya un hito insólito y altamente esperanzador del diálogo entre judaísmo y cristianismo.

En cuanto a la versión española, a la correcta traducción del original se añade una cuidada edición; los índices de citas (Biblia y documentos magisteriales) y onomástico (personajes bíblicos y antiguos, así como autores

modernos) ofrecen un útil complemento. Lástima que, a diferencia de la edición alemana, no contemos con un glosario (recomendable para facilitar el acceso a un texto que en ocasiones emplea vocabulario técnico) y con un índice temático, siempre necesario; sugerimos al editor que aproveche la próxima publicación del segundo volumen para llenar esta laguna, de manera que se pueda sacar de la obra el máximo provecho.

Un último apunte acerca de la naturaleza de esta obra. Benedicto XVI ha dejado claro que “no es en modo alguno un acto magisterial, sino únicamente expresión de mi búsqueda personal «del rostro del Señor» (cf. Sal 27,8). Por eso, cualquiera es libre de contradecirme” (20). No se trata por tanto de un pronunciamiento del magisterio eclesiástico, y mucho menos de una declaración infalible: estamos ante la propuesta personal de un teólogo y pastor. Pero, a la vista de cuanto hemos dicho anteriormente y de las circunstancias que concurren en su autor, esto no le resta importancia. Más bien al contrario: *Jesús de Nazaret* constituye un acontecimiento eclesial de primera magnitud, llamado a dar fruto generoso para la Iglesia y para todos los hombres de buena voluntad.

LUIS SÁNCHEZ NAVARRO



Los años Blair

The Blair Years. Extracts from the Alastair Campbell Diaries

Hutchinson. London, 2007

Alastair Campbell (1957) trabajó como jefe de comunicación de Tony Blair desde poco después de que éste fuera elegido líder del partido en 1994, hasta su dimisión en agosto de 2004. Previamente, Campbell estudió en la Universidad de Cambridge, desde donde pasó a escribir para la revista pornográfica *Forum* primero y más tarde en el tabloide de tirada nacional *Daily Mirror* como corresponsal para asuntos políticos. En este tomo se incluyen extractos de los diarios personales escritos por Campbell durante los años en los que trabajó junto a Blair.

Desde un punto de vista técnico, el trabajo de Campbell como portavoz y jefe de comunicación del Partido, primero, y del Gobierno, después, prometen un relato fascinante sobre los modos de comunicación política modernos. Especialmente si tenemos en cuenta que Campbell se transformó pronto en la bestia negra de una prensa que le consideraba ‘el hombre más peligroso de Gran Bretaña’ en su calidad de ‘Napoleón de la Manipulación’ o ‘Rey de la Manipulación’. Lamentablemente, una carencia notable de los *Diaries* es la ausencia casi total de información acerca del trabajo diario de Campbell.

El autor también ofrece una larga diatriba, fascinante a su manera, contra la prensa britá-

nica. Curiosamente, sobre todo si tenemos en cuenta su posición como enlace con el mundo periodístico, Campbell odia a la prensa. En los *Diaries*, los periodistas británicos –y no sólo en los tabloides sino también en la prensa seria– aparecen como una catterva de sujetos venales, obsesionados por la minucia sensacionalista y más interesados en ‘destruir el Gobierno’ que en informar al público. Campbell no puede evitar desesperarse, con razón, cuando el *Financial Times* publica una portada acerca del peinado del Primer Ministro mientras se debate la entrada del Reino Unido en el euro. Desde luego, es comprensible que alguien como Campbell deteste la brutalidad de unos periodistas perfectamente capaces de repetir la misma pregunta doce veces consecutivas, pero es importante recordar que la furia de Campbell contra sus antiguos compañeros obedece, al menos en gran parte, a motivos personales: la prensa destruyó a su íntimo amigo Neil Kinnock durante la etapa de éste como líder del laborismo (1983-1992).

En segundo lugar, la posición de Campbell dentro de la cúpula dirigente del Partido Laborista como colaborador y confidente más estrecho del propio Blair, colocan al autor en un lugar privilegiado para observar la evolución del Partido y la dinámica interna de los

Gobiernos de Tony Blair frente a eventos tan cruciales como la negociación con republicanos y unionistas en el Ulster, la implantación de la moneda común europea o las intervenciones militares en la antigua Yugoslavia e Irak. Los *Diaries* ofrecen un retrato muy gráfico del carácter de hombres como los líderes republicanos Gerry Adams y Martin McGuinness, ambos antiguos miembros del IRA, y muestran, y en gran detalle, el esfuerzo coordinado de Blair, Clinton y el primer ministro irlandés Bertie Ahern para lograr los Acuerdos del Viernes Santo, destinados a poner fin al terrorismo en Irlanda del Norte. También confirman el interés de Tony Blair por propiciar la entrada del Reino Unido en la moneda común, aunque el libro no examina en absoluto los debates internos que, con toda certeza, se produjeron entre los miembros del Gobierno más inclinados a la entrada británica en el euro (encabezados por el propio Blair) y los euroescépticos, liderados por el ministro de Economía, Gordon Brown.

Algo similar ocurre en el terreno de las relaciones internacionales. Los *Diaries* ofrecen una útil ventana sobre las dificultades de los británicos para coordinar la acción militar y política con la Casa Blanca de Bill Clinton. No obstante, la política exterior, crucial para evaluar el legado de Tony Blair, no recibe en este libro el espacio que merece. Así, el envío de tropas británicas a Sierra Leona, una experiencia formativa fundamental para el Primer Ministro, ni siquiera aparece mencionada y las intervenciones en la antigua Yugoslavia sólo emergen como vehículo para potenciar la importancia del propio Campbell. En lo que respecta a la II Guerra de Irak, Campbell se limita a defender su propia posición. En primer lugar, el autor intenta autoexculparse de las acusaciones, vertidas por la BBC y el *Daily Mirror*, que le culpaban de manipular el informe sobre armas de destrucción masiva utilizado por el Gobierno para justificar la invasión de

Irak. En segundo lugar, Campbell trata de desvincularse de cualquier relación con el suicidio de David Kelly, un asesor del Gobierno que se quitó la vida tras revelarse que había provisto a la prensa con información controvertida acerca del famoso informe sobre armas de destrucción masiva. Si bien este empeño puede ser más o menos interesante para el lector británico que vivió la cadena de escándalos, los *Diaries* apenas ofrecen nuevos datos acerca de aspectos mucho más importantes como son la estrategia diplomática del Reino Unido o el pensamiento de Tony Blair acerca de la guerra. Si acaso, Campbell nos recuerda que la actitud obstruccionista de Francia se inicia a finales de los 90, mucho antes de la segunda invasión de Irak. Los *Diaries* también ofrecen la enésima prueba acerca de la mendacidad de la prensa occidental, dispuesta a dejarse manipular, ya desde 1998, por la habilidosa política de Saddam Hussein para escapar impunemente de sus propias violaciones de las resoluciones de Naciones Unidas.

En cualquier caso, el principal atractivo de los *Diaries* reside fundamentalmente en dos aspectos. En primer lugar, Campbell, que procede del mundo periodístico, posee un claro don para reflejar por escrito el aspecto más humano del poder. Los *Diaries* transmiten a la perfección el ritmo de trabajo frenético en la oficina del Primer Ministro, con días que se inician con una llamada de Blair a las tres de la madrugada en Londres y finalizan en la medianoche tras una cena de Estado en el Medio Oriente. Campbell es capaz de comunicar la enorme presión impuesta por un día a día marcado por crisis sucesivas que van desde la última declaración de Saddam Hussein, pasando por el falso exilio (impuesto por Cherie Blair, según la prensa) del gato de Downing Street, hasta los últimos retoques sobre un discurso del Primer Ministro al que siempre le falta añadir el chiste de rigor que

no se le ocurre a nadie. Los *Diaries* sin duda ofrecen una imagen asombrosa para aquellos ya familiarizados con la imagen de Alastair Campbell durante su periodo al servicio del Primer Ministro. Causa pasmo comparar la tensión y la improvisación que transpira el libro, con la imagen de frialdad, control absoluto sobre los eventos y brutal eficiencia que Campbell proyectaba hacia el exterior.

En la misma línea, los *Diaries* trasladan al lector la textura humana, profundamente masculina, del *Number 10* de Tony Blair: desde las groserías que, aunque chocantes por escrito, son sin duda naturales entre colaboradores íntimos, pasando por los partidos de fútbol improvisados o la reacción personal a las varias dimisiones de miembros del Gabinete forzadas por la prensa, sin olvidar los detalles de ese museo de los horrores textiles que, en opinión de Campbell, es el guardarropa de Tony Blair.

Por último, aunque quizás sea lo más importante, los diarios de Alastair Campbell ofrecen su propia visión sobre la que, seguramente, sea la obra más importante de Tony Blair: la aparición del *nuevo laborismo*. Aunque John Smith ya inició un proceso de revisión interna, fue Blair, sucesor de Smith en el liderato laborista, quien llevó a cabo la renovación que llevaría al Partido desde la marginalidad política hasta la victoria electoral y sus dos sucesivas reelecciones con amplia mayoría. Los *Diaries* ofrecen, con cierto detalle, la visión del autor acerca de las tensas reuniones que llevaron a revocar el compromiso con la nacionalización de los medios de producción de la célebre *Cláusula 4* de los estatutos del Partido Laborista. Aunque en 1995 este compromiso tenía un valor meramente simbólico, su eliminación, cuidadosamente orquestada, envió una clara señal al electorado y a los sectores más recalcitrantes dentro del Partido: el impulso modernizador del nuevo líder iba en serio.

De hecho, la modernización de Blair fue tan lejos como para aceptar, nada menos, que ciertos elementos del legado de Margaret Thatcher, la gran Némesis del laborismo. En palabras del propio Blair, el *nuevo laborismo* buscaba “mantener las cosas que Thatcher mejoró”, en particular “mantener el espíritu de empresa”. En la misma línea, Campbell también enfatiza los lazos, alarmantemente estrechos, en opinión de la izquierda del propio Partido Laborista, entre Tony Blair y el conservador Rupert Murdoch, propietario de un imperio periodístico que incluye *Sun*, el tabloide de mayor tirada del país, que pasó de apoyar a Margaret Thatcher a pedir abiertamente el voto para la candidatura de Blair. Pero el camino hacia el centro político del Partido Laborista también pasaba por el carácter del propio Blair, como por ejemplo el desparpajo con el que el Primer Ministro se refería públicamente a Dios dentro de su discurso político, algo genuinamente novedoso e incluso chocante en el contexto británico, como el propio Campbell no deja de recordar. Algo similar ocurre en el caso de la regulación de las parejas homosexuales: Blair apoyaba el reconocimiento a los derechos civiles de los homosexuales, pero manejó la cuestión dentro de un programa que tomaba exquisito cuidado en preservar la familia tradicional.

Un aspecto fundamental del *nuevo laborismo* fue la redefinición de la relación entre el Partido Laborista y los grandes sindicatos británicos. Es imposible exagerar la proximidad entre el Partido Laborista y el movimiento sindical británico, baste decir que el Partido surge del movimiento y, a lo largo de la mayor parte de su historia, fue su portavoz político. No obstante, en algún punto de los años sesenta y setenta, tanto cierto sector de los sindicatos como el propio partido oscilaron violentamente hacia el radicalismo de izquierdas de la época. El resultado fue el desplazamiento del laborismo hacia el borde de la respetabilidad, hasta el punto de que, incluso tras la

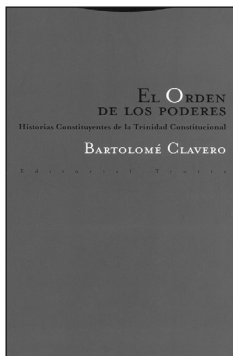
caída de Margaret Thatcher, el electorado optó por reelegir a un Partido Conservador agotado y dividido. Entretanto, los líderes no tenían empacho en recordarle al líder laborista de turno quién “paga las facturas”. Casi la primera medida de Tony Blair para regenerar su Partido fue iniciar un *Nuevo Plan para los Sindicatos* con el fin de acabar con la ‘relación especial’ y los ‘favores’ que tradicionalmente habían marcado al laborismo tradicional. En última instancia, agotado por el radicalismo de los líderes sindicales, Blair decidió que “había acabado con esa gente definitivamente”. Incluso antes de su primera victoria electoral, el movimiento sindical ya no era capaz de dictar la política laborista y desde entonces la distancia entre el Partido y los sindicatos no ha hecho sino aumentar.

En cualquier caso, las consecuencias, lógicamente, no se hicieron esperar. Campbell refleja claramente cómo el Primer Ministro siempre tuvo que luchar contra los elementos radicales del Partido, no ya en los sindicatos sino en el Parlamento, y destaca el caso de Clare Short,

incluso en el seno del propio Gobierno. En este sentido, los *Diaries* también contienen referencias informativas sobre los hombres y mujeres del círculo íntimo de reformistas en la cúpula del Partido Laborista. Desde muy pronto, Blair se rodeó de un grupo de colaboradores excepcionales, de entre los que destacan Peter Mandelson, el propio Campbell y John Prescott, emisario del *blairismo* con el sector más izquierdista del Partido. Campbell, que jamás se quita importancia a sí mismo, transmite la clara impresión de que fueron estos hombres los responsables de la transformación del Partido. No causa mucha sorpresa observar cómo la eficacia del Primer Ministro se resintió enormemente cuando los años de poder y las desavenencias internas destruyeron este círculo íntimo. En este sentido, una carencia fundamental de los *Diaries* es la deliberada omisión de los frecuentes conflictos entre Tony Blair y Gordon Brown, el eterno *dauphin* que pasó de ser el colaborador más estrecho de Blair a convertirse en su peor adversario interno.

DAVID SARIAS

RESEÑAS



El Orden de los poderes Historias constituyentes de la Trinidad Constitucional

BARTOLOMÉ CLAVERO

Editorial Trotta, 2007, Madrid.
322 págs.

El constitucionalismo, entendido como una concepción de la política en la que se busca la limitación del poder y la garantía efectiva de los derechos y la libertad, encuentra en

este libro un análisis heterodoxo. Para el catedrático de Historia del Derecho Bartolomé Clavero, en las constituciones deben primar los derechos, no los poderes. Pero el objeto

de esta obra es mostrar cómo durante la consolidación de las constituciones se produce una dialéctica entre derechos y poderes, siendo estos últimos los que acaban por prevalecer en detrimento de las libertades.

Para que exista una constitución de libertades, deben hallar cabida en la misma derechos de libertad y unos poderes de garantía. Si alguno de los elementos que deberían conformarlo desaparece, nos encontramos entonces ante una constitución de poderes.

Podemos comprobar esta aseveración contemplando el orden en el que las constituciones sitúan cada poder dentro de su articulado. No es gratuito el hecho de que muchas constituciones decimonónicas ubicasen en primer lugar al poder legislativo, después al ejecutivo y finalmente al judicial (cuando incluían éste como un poder). Esta perspectiva se engarza en la tesis del jurisdiccionalismo y la interpretación judicial como una garantía eficaz de los derechos.

Pero esta cristalización en una trinidad constitucional no implica la inexistencia de otros poderes. En el estudio del constitucionalismo se ha dejado de lado el estudio de estos últimos, produciéndose una visión limitada y reduccionista, a juicio del autor. Se olvida así el papel que desempeñó en el contexto de los padres fundadores de EEUU la potestad familiar, el valor de la propiedad o el esclavismo. Sumándose a todo ello los fenómenos del colonialismo o la idea de frontera, y sin olvidar la necesidad de algunas constituciones europeas de insertar la figura del monarca.

Todos estos poderes "ajenos" impondrán una reconstitucionalización, esto es, una dilatación progresiva de los poderes, fagocitando parte de las libertades constitucionales. Proceso que tiene lugar, a juicio del autor, durante el siglo XIX tanto en los Estados que surgen tras el des-

membramiento de algunos imperios europeos como en los propios Estados occidentales. Lo cual genera unas experiencias constituyentes sumamente curiosas como la de la Dine Bikeyá india o de la República de Ecuador.

No obstante, aquí la lectura que se puede hacer no está a la altura de otras formulaciones del autor. Si bien su interpretación es muy interesante, se centra en demasía en el fenómeno colonizador y esclavista, sin dedicar la debida atención al proceso de las revoluciones liberales europeas, que en diversas oleadas (1820, 1830 y 1848) sacuden el Continente. Es en esta vertiente europea donde también se podría explicar el reconstitucionalismo. No se menciona en la obra el poso de derechos que se va formando tras cada revolución liberal y que termina por formar un acervo sobre el que se asientan las actuales democracias liberales occidentales.

Una vez se abandona el absolutismo se impone una nueva lógica, la de los Estados identificados con poderes. Lógica que bebe de la codificación, del solapamiento del poder militar y exterior con el ejecutivo, y que permite legitimar la existencia de las colonias convirtiendo el Derecho de Gentes en Derecho Internacional.

Todo esto nos permite incidir en dos temas esenciales a juicio de Bartolomé Clavero, en tanto que olvidados por el constitucionalismo ortodoxo, la esclavitud y el colonialismo, justificados en cuanto objetos del derecho a la propiedad y la discrecionalidad eurocéntrica de los poderes.

No obstante, el autor aprovecha este inciso para explicar cómo amparándose en esa supuesta teoría, se intentó homogeneizar al pueblo vasco en una cultura supuestamente superior. Mención que apunta en una dirección peligrosa, y deleznable, la de remitir a un su-

puesto atraso de una parte del país para legitimar una posición intervencionista de los poderes públicos. Intervención que no se produjo más que en las mentes enfermas de unos cuantos nacionalistas de la caverna intelectual.

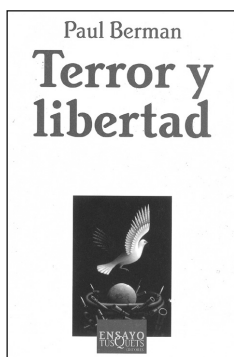
En otro orden de cosas es interesante señalar que no sólo afianzan sus posiciones los poderes del Estado, sino que en ocasiones son los derechos los que salen victoriosos de esta confrontación, como en lo referente a la abolición de la esclavitud y la independencia de los territorios de ultramar. Pero ello no se produce con una cierta compensación o reconocimiento hacia aquellos que sufrieron esas situaciones de opresión natural. Esto último se debe a que todos los reconocimientos de derechos son gestionados por los mismos que en su momento se beneficiaron de dicho abuso de poder. También hay que recordar que no es sólo la voracidad de los poderes la que legitima el vaciamiento de libertades, sino que también la disfuncionalidad de los derechos contribuye en gran medida a su postergamiento.

Finalmente se apunta a la existencia de ciertos Derechos universales, tal vez iusnaturales,

cuya constitucionalización puede generar una inusitada capacidad de coerción por parte de los poderes. El catedrático Bartolomé Clavero afirma que es la defensa de los derechos de libertad, de igualdad y de la diferencia la que aseguran un constitucionalismo real y material, de derechos. Pero no especifica si se refiere a una igualdad material o ante la ley, o si se pretende generar espacios de práctica para esta diferencia. Si la constitución habilitase esos espacios, quedaría por ver la vigencia de los derechos a la libertad e igualdad o la posible deriva en un relativismo moral que desarticula ese supuesto universalismo de libertades defendido por el autor.

Desigual obra, pues, es *El Orden de los poderes*, ya que por una parte presenta una visión interesante acerca de la dialéctica subyacente en todo discurso constitucionalista, mientras que por otra no alcanza a explotar todo el potencial de este análisis, y sin terminar de profundizar en la tentación coercitiva que subyace en las constituciones y ante la cual nunca debemos abandonar nuestra vigilancia.

MARIO RAMOS VERA



Terror y libertad

La libertad en la encrucijada

PAUL BERMAN

Barcelona, Tusquets Editores, 2007

El presente ensayo de Paul Berman, autor norteamericano conocido sobre todo por sus libros *A tale of two utopias* (1996) y *Power and*

the idealists (2005), nace el 11 de septiembre de 2001. El autor, atónito ante el espectáculo de la sinrazón islamista, intenta dar

explicación a la masacre acaecida en Nueva York.

Berman aspira a dar respuesta a cuestiones como ¿quiénes son los soldados de Ben Laden?, ¿de dónde viene el odio a Occidente de estos individuos?, ¿son terrorismo y totalitarismo lo mismo?, ¿quiénes son los actores inmersos en esta guerra: civilizaciones o sistemas políticos? Y todo ello a través de la lectura de distintos escritores y sus obras.

Albert Camus, nos dice Berman, fue de los primeros en indagar en la relación existente entre totalitarismo y terrorismo en su libro *El hombre rebelde*. Camus analizó el impulso de rebelarse de los hombres desde dos perspectivas: la histórica y la metafísica. Observó que lo que en un primer momento fue un impulso de rebelión contra Dios “había adquirido un elemento nuevo y ligeramente contradictorio [...]. El impulso bajo su nueva forma, era un paso de baile que empezaba mirando hacia arriba, a la libertad y el progreso a la humanidad, para después, con el más rápido y elegante de los giros, volverse hacia abajo, la muerte”. Lo que en principio era un impulso liberador se acabó asociando con la muerte. Terror y libertad van de la mano.

El terrorismo sedujo a los nihilistas rusos y se abrió camino en Europa. Se fraguaban los dos mayores suicidios teóricos de la historia del pensamiento: el marxismo y el fascismo. Los dos sistemas suscitaban interés en los fundamentalistas del Islam, los cuales no tardaron en sumergirse en su lectura. Sayyid Qutb, ideólogo egipcio cuya obra ha influido en Ben Laden, leyó las obras clásicas del socialismo y Sami al-Jundi, uno de los primeros líderes del partido Baaz de Siria, afirmaba que “*éramos racistas, admirábamos el nazismo, leíamos sus textos y las fuentes de su pensamiento*”.

Los ideólogos del terror realizaron una selección de aquellos fragmentos de las teorías

que habían bebido y, posteriormente, formularon su pensamiento. Hay un denominador común entre los totalitarismos que Europa engendró y la ideología que estaban forjando: el odio a la democracia liberal. Los ideólogos islamistas fundamentaron sus sistemas sobre la experiencia totalitaria europea y el libro de Sayyid Qutb *A la sombra del Corán*.

En este libro Qutb explicó que el Corán sólo puede ser entendido “en una atmósfera de ardua lucha y estando implicado en una feroz campaña en pro del Islam, no desde una cómoda silla” y señaló que éste (el Corán) “indica otra despreciable característica de los judíos: su anhelante deseo de vivir, sin importar a qué precio y con independencia de la calidad de vida, del honor y la dignidad”.

Las ideas y filosofías liberales occidentales se estaban expandiendo con toda su impureza a lo largo del territorio árabe. El Islam estaba amenazado por este impío pensar y su pureza corría peligro. La característica categoría totalizadora del Islam que organiza y rige los actos y la vida del individuo no estaba garantizada. Surgió un nuevo totalitarismo fascista que se servía de los métodos aplicados por el nazismo y la ideología pregonada por Sayyid Qutb.

En *Terror y Libertad*, Berman sostendrá, apoyándose en los argumentos expuestos anteriormente, que la guerra actual es entre un nuevo totalitarismo fascista y la democracia liberal. No obstante, esta tesis no es del todo convincente. Ernst Nolte, polémico historiador alemán, demostró, recurriendo a la teoría totalitaria como modo de explicar el comportamiento de la Alemania nazi y la Unión Soviética, que el nazismo es tanto un “reflejo” del comunismo como el comunismo del nazismo (ver *Vergangenheit, die nicht vergehen will*). Por tanto, sería más adecuado hablar de una guerra entre un nuevo totalitarismo islamista y la democracia liberal, en la medida en

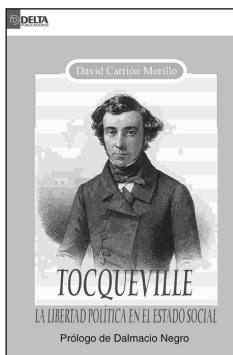
que adopta los modelos totalitarios heredados del fascismo y el comunismo y los con-
juga con la ideología islamista.

El odio y el miedo islamista hacia Occidente reside en que, a diferencia del Islam, “la distinción entre Iglesia y Estado tan bien arraigada en el Cristianismo, no existía en el Islam [...] no había parejas de palabras que correspondiesen a espiritual y temporal, laico y eclesiástico, religioso y secular” (Bernard Lewis, 1988). La separación que en Occidente tuvo lugar entre Estado e Iglesia no se dio en los territorios árabes y persas. “El dualismo, que es la condición previa de la libertad, presupone a su vez la lógica cristiana. Desde el punto de vista práctico, ello significa que sólo donde se preserva el dualismo de Iglesia y Estado, de instancia sagrada y política, se asientan las condiciones fundamentales para la libertad” (Benedicto XVI); este dualismo es la causa de la esquizofrenia islamista, y el monismo su mejor defensa como medio para preservar el Islam como principio rector de la vida del individuo. Con todo, muchos de sus fundamentalistas e ideólogos se educaron en Occidente, ¿no será que tal vez el odio que sienten hacia

Occidente es el que se tienen a sí mismos como personas pecadoras que sufren la tentación de la libertad?

Berman considera que el único modo de ganar esta guerra pasa por la creación de “una tercera fuerza, ni «realista» ni pacifista, dedicada a una política de derechos humanos y, en especial, de los derechos de la mujer en el mundo musulmán; una política de tolerancia étnica y religiosa; contra el racismo y el antisemitismo [...] contra las fobias de la ultraderecha de Israel, también, aunque irritara al Likud y a sus simpatizantes [...] una política para contrarrestar a los islamistas y a los baazistas de la izquierda; para luchar contra la pobreza y la opresión; una política de auténtica solidaridad en el mundo musulmán, en lugar de la demagogía de los odios cósmicos...”. La solución que propone Berman es insólita si el lector tiene en cuenta todo lo expuesto por el autor con anterioridad. Si el ensayo comenzara con estas iluminadas y vacuas ideas, el lector pensaría que se encuentra ante un autor preso del pensamiento débil y de los profetas del buenismo.

JORGE MARTÍN FRÍAS



Tocqueville

La libertad en la encrucijada

DAVID CARRIÓN

Delta publicaciones, Madrid, 2007
186 páginas.

Entre las novedades bibliográficas sobre materia política se ha publicado por la editorial Delta Publicaciones un libro con el atractivo tí-

tulo de *Tocqueville. La libertad política en el estado social*. Su autor, David Carrión, realiza un estudio centrado en los aspectos más sus-

tantivos de la obra de Alexis de Tocqueville, aquellos que le hacen inmortal, que lo proyectan desde su siglo XIX a otras realidades de actualidad donde prosigue el palpito de la libertad.

David Carrión se ha enfrentado con éxito a la tarea de calibrar con gran precisión los conceptos fundamentales de un autor considerado entre los más sobresalientes pensadores políticos, como sin duda es Alexis de Tocqueville. Se ha volcado en sus dos obras fundamentales como son *La Democracia en América* y *El Antiguo Régimen y la Revolución*. La primera de ellas, contenida en dos volúmenes fruto de sus viajes a Estados Unidos, mientras la segunda obedecía a un largo estudio de historia con abundante material bibliográfico.

El primer volumen de *La Democracia en América* aportaba una descripción del gran país que se abría ante sus ojos, con sus costumbres, mentalidad y organización política. América dejó su sello en la retina del gran pensador francés impresionado por la formidable realidad, desconocida en Europa en su tiempo, y por algo más: una democracia moderna (representativa), verdadera por sus componentes formales (división de poderes, representación y elección del ejecutivo como inequívoco ADN de la nítida paternidad democrática).

Esa arquitectura de los poderes del Estado, su forma de gobierno como garante de las libertades y un pueblo cuya mentalidad combinaba el aprecio por la libertad civil y la libertad política al unísono, provocó en Tocqueville la impresión y el impulso no sólo centrado en la descripción de una realidad social, política e institucional desconocida en Europa, sino que fue motor de una profunda reflexión sobre la sociedad –denominada por Tocqueville como “estado social”– y el poder:

sus orígenes, realidades y posibles fricciones y dificultades.

Ese análisis lo incorporó con gran lucidez y elegancia en la segunda parte de *La Democracia en América*. Las pulsiones del “estado social”, sus pasiones, sus obstáculos y dificultades que podían aparecer. Tocqueville penetró en las entrañas mismas de la modernidad en su doble consideración social y política. Por su perspicacia observadora y su capacidad analítica supo arropar su estudio sobre las tendencias de la sociedad con un seguimiento comparativo en la evolución del Antiguo Régimen (la aristocracia) con la detección de la igualdad en el “estado social” que Tocqueville denominaba como “estado social democrático”.

El libro de David Carrión incorpora un excelente prólogo de Dalmacio Negro, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, buen conocedor del pensamiento liberal y democrático de Alexis de Tocqueville.

La metodología usada por el profesor Carrión consiste en un tratamiento sistemático del contenido de la obra de Tocqueville, segmentado por campos semánticos que rastrean los núcleos discursivos que forman la estructura del pensamiento político del gran autor francés. Para ese análisis de contenido no utiliza otros métodos sociolingüísticos, porque al seguir el despliegue del discurso en su totalidad ha comprobado que los enlaces de sentido reproducen el pensamiento mismo del autor; no se puede exigir, ni es lógico, una prueba de mayor verificación, como puede comprobar cualquier conocedor de Tocqueville. Un método eficiente sobre la obra de un gran autor que ha sido muy estudiado bajo otras perspectivas.

La lectura de este libro de Carrión es conveniente por su aportación en el estudio de la

obra de uno de los mejores pensadores políticos. Con especial conveniencia por tratarse de una publicación editada en España, donde hemos sufrido un antiamericanismo de ruda corteza ideológica, marchito por la distancia del decenio de los setenta, pero muerto viviente reanimado en los últimos años con agreste demagogia. De ese encefalograma plano brotan afirmaciones, fuera de toda realidad, en las que se dice que Estados Unidos no es una verdadera democracia. No parece suficiente interrogarse con ironía sobre cuál lo será entonces. Por encima de esas burdas falsedades los hechos señalan a Estados Unidos y su Constitución como una fantástica democracia, primera y vigente tras dos siglos, que ha salvado a Europa de sus espectros más horribles, con un Ejecutivo fuerte y sólido, con Cámaras independientes y con formidables garantías para la libertad, desde el mantenimiento de la libertad política. Esa combinación entre libertades y sus garantías las había analizado con agudeza Tocqueville, y no se engañó sobre la extraordinaria importancia que tendría en el futuro, como atestigua su historia posterior a la primera mitad del siglo XIX, que fue el período estudiado por el autor francés.

La relación entre las pasiones de la igualdad y la pasión por la libertad política, objeto central del libro de Carrión, aporta la visión garantista, decisiva en un liberal y demócrata consecuente –como lo era sin duda Alexis de Tocqueville–, preocupado por el mantenimiento de la libertad por encima de los flujos variables de los hombres y sus intereses, confiado por tanto a las costumbres, leyes e instituciones que fuesen de forma efectiva una verdadera salvaguardia ante los ataques, soterrados y directos a la libertad.

Al seguir al milímetro el discurso de Tocqueville, David Carrión aprecia las diversas funciones de la igualdad en el estado social con sus

beneficios y problemas, como también lo aprecia sobre la libertad política con los suyos. Detecta y valora dos posiciones desiguales que, por encima de las diversas pasiones que las empujan, pueden mantener una relación armónica y complementaria: “El saldo es favorable a la libertad política, porque permite que coexista con la igualdad, mientras que, a la par, resuelve el problema de la indiferencia que provoca la igualdad, restañando así sus negativos efectos según nuestro autor. En definitiva, la libertad política restaña los ‘lazos’ sociales que rompe la arbitrariedad” (pág. 79).

La razón de ese reconocimiento de la libertad política procede de la visión de una sociedad libre que pretende conservar su libertad desde una óptica garantista. En este punto de la reflexión entre sociedad –igualitaria o no–, libertad y poder (institucional), se aprecia con toda nitidez la función garantista de esta última, resaltada por David Carrión: “Es completamente lógico, porque dado que su función consiste en garantizar la libertad, mientras exista la libertad política permanecerá su función garantista. Una vez desaparecida la libertad política, sólo puede mantenerse la libertad por graciosa concesión, carente de toda garantía institucional” (pág. 86). Su lógica es tan formidable como transparente porque libertad sin seguridad, sin sólida garantía institucional, es libertad consentida. Tolerada por el poder, que si no posee los límites eficaces a sus pretensiones, siempre expansivas, puede en cualquier instante, y a través de medios muy variados, dejar de tolerar la libertad. Un ejercicio de cremallera de la libertad que provoca un fuerte rechazo, a excepción –claro es– de aquellos que justifican las intromisiones del poder, siempre bajo retóricas de buenas acciones.

El engranaje entre la libertad civil con la libertad política, tratado con exactitud en este libro de David Carrión, circula entre las zonas de tensión como la opinión pública, sus medios, la

tendencia a perder de vista el necesario control del poder, la reclusión del ciudadano hacia su entorno más privado, entre otros múltiples factores. Sobre ellos la fuerza de la libertad queda realizada: “En la situación en que los hombres consideran positivo disfrutar del ejercicio de mandar sobre su propia vida, sobre su voluntad para dirigirse y actuar, aprenden, según Tocqueville, *l'idée et l'amour de la liberté politique*” (pág. 98).

El análisis de David Carrión de la obra de Tocqueville permite al lector una rápida aproximación a temas y conceptos de la mayor importancia y actualidad. Sus propias pala-

bras reflejan el calado de la reflexión: “La función de la libertad política deja como balance una autoridad –el poder– sometida y controlada por la sociedad a la que sirve, precisamente para garantizar que los hombres puedan ejercer su independencia; (...) es decir, obedeciendo a su voluntad, desaparecen el recelo y el miedo a la autoridad por el influjo de la libertad política. La libertad política se descubre así, en la argumentación de Tocqueville, como el complemento necesario para garantizar los disfrutes que surgen de la igualdad social” (pág. 100).

JESÚS NEIRA



Una revolución silenciosa

La política sexual del feminismo socialista

Jesús Trillo-Figueroa

Editorial Libros Libres
302 páginas

El Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero ha hecho suya la agenda totalitaria del feminismo radical contemporáneo, un movimiento muy alejado de aquel primer feminismo que tanto hizo por las libertades y la igualdad en las sociedades abiertas. Nos encontramos ante una auténtica revolución, pacífica pero coactiva, que pretende redefinir lo humano para constituir un ‘hombre nuevo’ ideal, que no es otro que el que se proyecta incipientemente en la doctrinaria asignatura de Educación para la Ciudadanía. Vanguardia mundial, el Ejecutivo socialista español se ha erigido en el aliado perfecto de la tercera y descerebrada ola del feminismo radical, poniendo en

marcha los procesos de ingeniería social ideados desde algunas universidades por las principales exponentes del feminismo socialista, herederas directas del freudomarxismo hijo del 68.

Éste es el objeto de análisis del último ensayo de Jesús Trillo, abogado del Estado y ex secretario general de la Fundación Cánovas del Castillo. En 2005 publicaba uno de los ensayos más reveladores acerca de las pulsiones del Gobierno socialista, *La ideología invisible*, desenmascarando la amalgama de movimientos sociales radicales que marcan las políticas y el sustento electoral ideológico en el que se

ampara el nuevo socialismo español -y que, como constataba Trillo, no tiene absolutamente nada de nuevo-. Ahora, desde *Una revolución silenciosa*, Trillo se ocupa de uno de los más influyentes de estos activismos, el feminismo socialista, una de tantas banderas que permiten revivir la palabra 'socialismo' tras la inquestionable crisis de identidad en la que sucumbieron tras la caída del Muro de Berlín.

Así, dentro del postsocialismo y sus movimientos sociales, despunta este feminismo radical que, como destaca Trillo citando a Alain Touraine, considera que "el poder masculino inventó a la mujer como la cara oculta turbia y al mismo tiempo atractiva de la humanidad. Esta es la construcción que cabe reconstruir siguiendo los caminos señalados por Foucault y por Derrida". Se trata de abolir el género, las características socioculturales asignadas al sexo. Éste, mero accidente biológico, habría sido la excusa del patriarcado para su sometimiento.

La imprescindible obra de Trillo, repleta de invitaciones a lecturas posteriores, repasa la historia de las ideas y reivindicaciones feministas, también las que han venido desarrollándose en nuestro país. Explica cronológicamente la mutación del feminismo en un antifeminismo definido como feminismo socialista, radical o igualitario -que habría ganado la partida al de la diferencia-, y que bebe desde el existencialismo de Simone de Beauvoir o la dialéctica de Marx y el pensamiento de Friedrich Engels ("el hombre es en la familia el burgués; la mujer representa en ella el proletariado"), hasta de "heterodoxos" de la Escuela de Frankfurt, como Herbert Marcuse.

Entre las pioneras de este movimiento figuran nombres como el de Germaine Greer, a quien se le debe la difusión del concepto de "la castación" de la mujer mediante 'artimañas' como el amor romántico o el matrimonio. O el

de Kate Mollet, quien desde el mundo académico desarrolla la idea del "patriarcado", que, como resume Trillo, "construye una serie de características discriminatorias respecto de la mujer que la naturalizan como tal, creando con ello, un género: el femenino, esencialmente inferior". Tampoco faltan apologetas de la dialéctica de los sexos, como Shulamith Firestone, quien define la maternidad como "la servidumbre reproductiva determinada por la biología", por lo que abogaba por la abolición de la familia como paso previo hacia la eliminación de las clases sexuales...

"Fueron estas feministas quienes convirtieron todo en política e hicieron real el eslogan *lo personal es político*", señala Trillo, quien también apunta que aquellas 'ideólogas' lograron hacer valer sus tesis en el mundo cultural y en ciertos sectores académicos, principalmente de los Estados Unidos, pero nunca hasta hoy habían logrado ir más allá. A ellas también se les unen los promotores de las teorías *queer*, deudoras de Michel Foucault y planteamientos como el del 'cyborg', realidad y ficción por "la emancipación del cuerpo" (un discurso tan aterrador como consecuente).

Una revolución silenciosa también se ocupa del desarrollo de las tesis de las abanderadas del feminismo socialista español, con figuras como Amelia Valcárcel o Celia Amorós. No sólo han logrado marcar la agenda cultural, sino que, tras la llegada de José Luis Rodríguez Zapatero al poder, han sido pioneras al hacer del sexo buena parte de la agenda política de un Gobierno. Tal y como demuestra Trillo, la 'ideología de género' ha inspirado algunas de las iniciativas estrella de la legislación.

La lucha de clases habría sido sustituida por la lucha de sexos, con el objetivo de acabar con la diferencia sexual, causa de las injusticias provocadas mediante los roles culturales

(el género). Por tanto, niegan la diferencia sexual en un ideal estado de naturaleza, de ahí la sexualidad a la carta. Cada uno debería forjarse su identidad sexual, tal y como se predica en Educación para la Ciudadanía. Entre las manifestaciones políticas del feminismo radical, Trillo señala a la Ley del matrimonio homosexual, que lejos de haber atendido a una demanda, respondería al objetivo de acabar con la diferencia sexual. Y lo hace por derecho. También destaca la *ley 3/2007 para la igualdad efectiva de mujeres y hombres*, que permite el cambio de sexo en el registro civil sin pasar por el quirófano... Se quiere, se puede. Hay más: paridad, cuotas... O la *ley 14/2006 sobre técnicas de reproducción humana asistida*, donde se introduce el concepto de preembrión, consagrado en la *ley 14/2007 de investigación biomédica*, la que

admite la clonación terapéutica (y permite acariciar un poco más el sueño del 'cyborg').

Por último, Trillo aboga certeramente en su libro por "un nuevo feminismo", un *feminismo femenino* que no confunda la "emancipación" con la "liberación" autodestructiva que proponen estas feministas radicales. En definitiva, una apuesta por la persona frente al colectivo en la vida pública, donde el *feminismo femenino* debe "salvar a un tiempo la igualdad de los derechos de la mujer y del varón, y los caracteres diferenciales de la mujer, que van íntimamente unidos a su posibilidad de ser madre y en lo que radicaría su modo peculiar de pensar, que supera el racionalismo por la lógica del corazón".

MIGUEL GIL